

mar que Pérez Comendador se halla en pleno período de superaciones. Su decidida vocación de artista escultor, la responsabilidad que echó sobre sus hombros la Cátedra ganada en la Escuela Superior de Bellas Artes de San

Fernando y el respeto que debe a su obra realizada son otros tantos sillares sobre los cuales ha de asentarse una fama que estimo será grande y merecida.

TOMÁS MARTÍN GIL.

HEMOS VISTO

Los artistas cacereños que tanto tiempo han estado descansando sobre sus laureles hasta entrar en un lamentable periodo de marasmo, parece que han comenzado a sacudirse la pereza a la vez que han hecho su aparición valores nuevos.

De los veteranos hemos visto expuesto estos días atrás unos «bodegones» y unas vistas de Cáceres antiguo, debidos al pincel de Blasco, siempre dentro de la peculiar técnica que le caracteriza, luciendo los primeros una gaya policromía no exenta de cierto hieratismo arcaizante, así como los paisajes urbanos ofrecen un dibujo bien tratado pero con flojo y tristón colorido a base de ocre poco gratos.

Caldera ha vuelto por sus fueros de colorista, que tantos triunfos le dieron, en un cuadro sugestivo en el que una marina a la hora del crepúsculo, sirve de fondo entonado a los desnudos de dos bañistas, cuyos juegos de luz están tratados con tanto primor que su contemplación produce verdadero deleite estético.

Entre los aficionados que van surgiendo, y a los que inducimos a no desmayar en la tarea, merece citarse Carbajal, autor de un «bodegón», en el que un jarrón de cerámica popular y un libro están francamente bien de dibujo y con mucho acierto en el cromatismo y la perspectiva; el tinte-ro talaverano adolece de dureza de expresión, y el candelabro de Lucena, correctamente dibujado, desmerece por el tono dado al metal, que parece pintado al res-

plandor de una luz macilenta y verdosa en contraste con la clara limpidez que hierde el jarrón y el libro. De todos modos el cuadro es muy estimable porque señala unas condiciones de seguridad en el dibujo y de valentía en el color que son dignas de que se desvuelvan.

García Fernández, presenta también otro «bodegón» de frutas y objetos de vidrio, que si denotan una mano principiante en los secretos de la paleta, son sin embargo una muestra feliz en el diseñado, firme y seguro. El color en general es balbuciente, sobre todo el fondo y las granadas; sin embargo las uvas y los objetos de vidrio están bien conseguidos.

El escultor torremochano González Crespo nos ha ofrecido últimamente una serie de bustos que progresivamente acusan una mayor perfección. Don Javier García Téllez, don Arsenio Gállego, don Juan Leal, don Luis Rodríguez Arias, presidente de la Diputación Provincial, y don León Leal, han sido reproducidos en busto no ya solo con sorprendente parecido sino lo que es más importante, captando los matices psicológicos de los retrados, mereciendo singular destaque el del señor Rodríguez Arias, del que sin embargo nos disgusta el brillante color siena con que se nos ofreció expuesto en lugar del tono blanco-marfil que al principio tuvo y que resaltaba mejor los innegables aciertos que ostenta

CURIO O'XILLO.

VIDA Y HECHOS

EXTREMADURA VIVA, es el título de un ensayo próximo a aparecer en la revista nacional del S. E. U. — "Haz" — cuyo anticipo ofrecemos a nuestros lectores, en estas páginas del primer número de "ALCANTARA", pregón literario desde hoy de esa misma **Extremadura viva**, literaria y apasionadamente recreada por Juan Fernández Figueroa.

Componen dicho ensayo cinco apartados o fascículos, ordenados así: a) **La mixtificación**; b) **Un puente sobre el tiempo**; c) **Trujillo a la vista**; d) **Fuerzas cósmicas**; y e) **Sobre todo el hombre**. Parte esta última que adelantamos a nuestros lectores. Réstanos sólo advertir, al objeto de su mejor discernimiento, que *EXTREMADURA VIVA* constituye una revisión apasionadísima —y polémica, desde luego— de lo extremeño entendido como levadura dramática, en lo histórico y en lo humano... El telón queda, pues, alzado. La representación ha de empezar.

SOBRE TODO EL HOMBRE

"Yo soy yo, y mi circunstancia,"

He aquí que de personaje en personaje—el Tiempo, la Tierra, la Luz—hemos venido a topar, de bruces, con el hombre. Con el hombre medida y fin, cual quería el filósofo, de las cosas todas, sidas y por hacer o en gestación.

Confieso que me tiembla la mano al pergeñar el último cuadro de nuestra tragedia, pues si hasta ahora movimos sólo energías naturales, fuerza cósmica, materia, al fin, en adelante será nada menos que el hombre entero quien salga a escena, rebosando grandeza y servidumbre, dramatismo, mas también inescrutabilidad.

¿Hay artista ni escritor que no padezca frente a él parecidas desazones?. Dobles deben ser, indudablemente, las nuestras, si queremos entenderle zambullido hasta lo más hondo en su circunstancia exterior, e inidentificable fuera de ella en el caso específico que nos ocupa, de Extremadura.

«Nunca he podido verles desollados, como San Sebastianes vegetales, sin profunda emoción»—repite Unamuno, refiriéndose a la majestad de los alcornoques extremeños—, reseco por un retorcimiento de tan difícil catadura que igual puede obedecer a los ardores de la canícula estival que al propio fuego vivo de su corazón, escarnecido. Ellos, y la encina, bastan a darnos un primer esquema de lo que el hombre trasciende allí: llama interior y físico ascetismo, o, viceversa, senequismo del espíritu e incineración de los sentidos; macerados ambos, el alma y la carne, por la acritud extremosa de los elementos... Noche y día resol, escar-

cha, verano inacabable e inacabable invierno. Resulta sintomático que Extremadura tenga apenas un otoño de cuarenta días y una primavera que, prácticamente, no rebasa los límites temporales de entre Marzo y Abril, pues aquél suele ser todavía crudo Febrero y Mayo, ya, desde luego, puro estío. Es consecuente así que una tierra climatológicamente extremada a lo largo de nueve meses corridos, partée después un hombre no menos extremado, *no menos extremeño*, con sentimiento y pasiones de suyo descarnadas, violentas, más por lo contumaces que en cuanto desorbitadas, entendámonos. Conviene fijar bien la discriminación precedente. Resulta desorbitado aquello en cuyo logro no existe correspondencia de paridad con los afanes e instrumentos puestos en juego para su consecución; de ninguna manera la aptitud humana que cuando se aventura a empresa cualesquiera concluye rebasándola, aún a trueque de mortales sacrificios, justamente por ellos valorada.

En realidad, quizá haya pocos extremeños que decididos a plantar una higuera—es un ejemplo—dejen de comer, siquiera sea tardíamente, higos y brevas maduras, o metidos a labradores, cosechas, aunque raquílicas, o, y esto lo aseguro, metidos a usureros, pingües tantos por cientos; si bien la cobranza tenga de venir las más veces tras el embargo, ya que esa misma pertinacia en el resarcimiento implica buena prueba de su antedicho y voluntarioso perseverar. El dilema lo resuelve decisivamente ese producto típico de Extremadura, que las gentes de allí convienen en llamar un *riquino de pueblo*, por lo común sin otra riqueza, el pobre, que su tozudez campesina, su ambición y su fiebre de tierra... ¡Tierra, tierra, tierra!, eso sí, sobre todo. Pero tierra propia, de uno mismo, conquistada puñado a puñado y palmo a palmo, como se posee la esquivez de la mujer amada o el cariño de la madre, con muchos besos. El alma fidelísima de Extremadura es esta, que mueve, sin descanso posible, fatal e inexorablemente el ansia de campo y de latifundismo del riquino de pueblo, a quien yo presumo (ellos desde luego se lo creen) que Dios hizo nacer sólo para ser *propietarios* de su tierra; señores de su tierra; esclavos, pues, de su tierra, porque señor es nada más—vale recordarlo—quien sabe vivir y morir en servidumbre. Cual este humilde riquino extremeño, envejecido a fuerza de desvivirse en el sueño de su ambición telúrica, sin el que encontraría carente de razones suficientes hasta la personal existencia. Emociona verle apurarla con desprecio absoluto de aquello que sea ajeno a su labriego quehacer de cada día, y de cada noche, pues la noche es propicia como ninguna hora al recuento de las pesetas ganadas, es decir: al implícito dominio de unos nuevos acres de gleba que regar de sudores. Diez, veinte, cien, dos mil duros son ya, enseguida, diez, veinte, cincuenta fanegas de tierra propia, individuales, para uno; para pasearlas después solito, una y quinientas veces. En Extremadura las «medias» cereales las comparte sólo el capitalista extraño, que come de la tierra sin vivir en ella, o, en ocasiones, el burgués, el subarrendatario que dirige explotaciones agrarias ajenas; nunca el padre de su miserable riqueza, creada para exclusivo uso y ahorro familiares, a quienes ha de legarlas, testamentariamente, antes de dar las boqueadas y cuentas al Señor de su heroica y aperreada avaricia. Admirable avaricia, por supuesto, de hijo, progenitor y deudo en una pieza, según reconoce con sutil agudeza el nunca bastante rememorado Rector de la universidad salmantina, al hablar del apego y usura que la tierra entraña para el extremeño: «Porque es suya en propiedad; casi todos son propietarios. Y prefieren mal vivir, penar, arrastrar una miserable existencia en lo que es suyo, antes que bandearse más a sus anchas teniendo que depender de un amo y pagar una renta. Y luego es suya la tierra porque la han

hecho ellos, es su tierra hija», parida, domada, querenciosa como un verdadero hijo carnal.

Hete ahí el mundo y el trasmundo, el sino terruñero de Extremadura; o, de preferir trasvararlo al hombre, el anverso y reverso de la moneda humana del extremeño: rudimentario e intuitivo, por una cara, logrero y despilfarrante, por la otra cruz; siempre áspero y melancólico, como corresponde a quien vive de puertas adentro, para el solar, el espíritu y el campo hogareños.

Tierra, pues, sí, lo repetimos. Y el dinero sólo en función de ella. Impresiona ver que apenas un pobrete cualquiera junta setecientos míseros reales los emplea en tierras por valor de mil quinientos, etc.; y así, sucesivamente hasta el absurdo, otra vez a ahorrarse, a empeñarse, a no tirar un céntimo que no vaya a parar al fondo de la bolsa que, a semejanza de los merchanes andariegos, suele llevarse tocando el corazón, colgada del cuello.

¿Es esto, acaso, avaricia metalizada, envilecedora? No; esto es un apetito biológico de tierra, tan imperativo como debe serlo la acción para el héroe, o para los padres el cariño... Es, en efecto, la contrastación dinámica de una comunión elementalísima del hombre con su circunstancia, y la lealtad a un destino ancestral, que, interesa señalarlo al paso, tiene tanto de heroico como de amoroso.

La fidelidad viene dada por esa casi carencia de emigración, sin despego voluntario apreciable. La devoción, cuasi litúrgica también, por el hambre de propiedad, de posesión, de nuestro riquino de pueblo. ¿Qué fervores, sino de posesión y hambre eucarística padece el cristiano cuando se acerca al Sagrario?

El pequeño latifundista extremeño, nacido y criado allá, para morir sobre su tierra *terrosa* de Extremadura, es uno de los precipitados humanos más puros de la progenie hispánica. Porque, a mayor abundamiento, el extremeño ha desechado siempre la menor tentación escisionista, y su misantropismo regional fué desde siglos buena garantía de unas perspectivas históricas extrapeninsulares y de un entendimiento unitario del destino de España. Apelo a Pizarro, Cortés, Valdivia, Núñez de Balboa, Aldana, Donoso...

FERNÁNDEZ FIGUEROA.

